
EL PICHINCHA

ESTUDIOS HISTORICOS, GEOLOGICOS Y TOPOGRAFICOS

POR

AUGUSTO N. MARTINEZ

(Continuación del N.º 122, página 186)

Aunque más raros en este lugar, los derrumbamientos se habían verificado frecuentemente; y se vio de tal modo amenazado por una grueza de piedras que rodaba de la altura, que no pudo evitarla sino tirando su cabeza á un lado, feliz en escaparse con una lijera contusión en la sien izquierda.

..... facilis descensus Averno;

Sed revocare gradum, superasque evadereat horas, Hoc opus, hic labor est.

Habiendo ganado al fin el bordo superior del cráter se sintió muy débil para emprender en buscar un sitio más propicio al sueño y se había tendido sobre una roca de la altura, cerca de un banco de nieve. Empapado en sudor después de un ejercicio tan largo y tan violento, se sintió poco después helado y soportó esta penosa situación durante dos horas, temblando bajo su *paleto*, sin guantes ni otro abrigo contra el frío y sin tabaco con que engañar el hambre y la sed. Había concluído no obstante por dormirse con un sueño que duró hasta el día, cuando fué despertado por los ruidosos gorjeos de los pájaros-moscas.

Puesto en camino hasta salir el sol había rodeado el cráter, á carrera sobre las masas de rocas, procurando ganar el sitio de nuestro campamento. Hacia el medio día fué encontrado por uno de los destacamentos que yo había mandado en su busca, y solo entonces fué que pudo cobrar algunas fuerzas con los alimentos que le llevaban. Devorado de una sed ardiente, lleno de

contusiones en los brazos y en las piernas, el ginebra le hizo bien. Apresurándose á venir á poner término á mis inquietudes, había precipitado su marcha y llegado á las dos, al campamento. Para satisfacer el hambre de la gente que encontró allí había hecho matar, según mi indicación, un buey de la propiedad de Mr. Núñez que fué regulado en diez pesos y sirvió para reparar las fuerzas agotadas. En seguida se había puesto en camino, á pié, porque no parecían los caballos, haciendo conducir el equipaje y el resto del buey á espaldas de la gente. La noche les sorprendió en medio del bosque donde todos sufrieron muchas caídas poco graves en esos caminos llenos de surcos que no se distinguían á causa de la oscuridad. A las ocho habían llegado á la hacienda.

Después de la relación de Mr. Brenchley, mientras se nos preparaba el desayuno, nos ocupamos, él en cazar y yo en herborizar. Cogí una *Fisalia* de flores blanquecinas, ligeramente tubulares y una gran *Labiada*, alta de quince á veinte pies. Mi amigo mató dos tórtolas y dos colibríes.

Aunque abatido por dos días de insomnios y de fatiga, la alegría triunfa de mi estado de debilidad; mis fuerzas han vuelto como por encanto bajo una influencia moral poderosa. Pago á nuestras gentes, divido el resto del buey entre los miembros de la expedición y ordeno reunir á todos los que habían sido mandados por diferentes puntos de la montaña. A las diez del día nos ponemos en marcha para Chillogallo, orgullosos como héroes, después del triunfo de un combate.

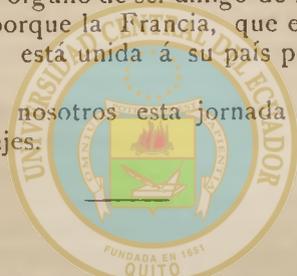
La copa del Pichincha se cubre de nieves, se oscurece el horizonte, nos amenaza una tempestad, caen todas las cataratas del cielo, nuestro egoismo se inquieta poco, han pasado nuestras tribulaciones! Llegados á la casa de Santa Ana, el trueno revienta, las nubes se rompen y la lluvia cae á torrentes. Nos abrigamos bajo un tejadillo bendiciendo á la Providencia por no habernos mandado esta tempestad en la jornada de la víspera. A la una, cuando ha disminuido la lluvia, volvemos á seguir nuestra marcha por caminos resbaladizos que la pendiente los hace más peligrosos. Ruedan los caballos y arrastran á los jinetes en su caída, pero felizmente sin ningún accidente grave.

A las dos entramos en Chillogallo. La población, con un movimiento espontáneo, se ha trasladado á la orilla del río al encuentro de mi amigo, á quien cubre de flores en el instante de su paso. Estas buenas gentes distribuyen con prodigalidad el *aguardiente* y la *chicha* (bebida fermentada hecha de maíz). Un tropel de pueblo nos acompaña hasta nuestra habitación. El Cura y el Dr. Jámeson que habían ido á nuestro encuentro por un camino de travesía se nos unen bien pronto: á presencia de la felicidad de que gozamos volviendo con Mr. Brenchley confiesan

francamente las inquietudes que los devoraban. "Yo os había dicho bien, exclama el piadoso Cura que la generosa ofrenda que Mr. Brenchley ha hecho el domingo último en obsequio de las almas del purgatorio, le llevaría con felicidad y nos lo traería sano y salvo." El Alcalde y los notables del país vienen á complimentarnos. Se distribuye aguardiente á la multitud que inunda nuestra casa. El aire resuena con numerosos *vivas* en honor de los Señores Julios, nombre bajo el cual éramos conocidos en el país. [1]

Se renuncia á todo trabajo: es una fiesta universal. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo invade nuestro domicilio ó se estrecha en los alrededores. Muchos indios con su embriaguez, añaden algo de pintoresco á esta manifestación que se prolonga hasta la noche. Antes de despedir á esta multitud tomo la palabra para darles las gracias y manifiesto sobre todo mi agradecimiento al Sr. Cueva por su solicitud desinteresada en asistirme. Este honrado caballero contesta mi arenga con un discurso en el cual dice: "Que tiene orgullo de ser amigo de los franceses porque son católicos, y porque la Francia, que el supone principia en el cabo de Hornos, está unida á su país por la cordillera de los Andes." [2]

Así terminó para nosotros esta jornada memorable en los anales de nuestros viajes.



8º MORIZ WAGNER

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Exploración del Moso Pichincha y una ojeada al volcán. (3)

Con justa razón se llama á las Cordilleras de los Andes, de la zona ecuatorial "las montañas más grandiosas del Globo." Al mismo Himalaya, que en verdad posee las cúspides y mesetas más altas, pero no en mucho, la misma extensión longitudinal, y al que le falta el adorno pintoresco de los volcanes, quizás le corresponde entre las altas montañas de nuestro Planeta tan sólo

[1] Durante los seis meses que duró nuestro viaje en el Ecuador no se nos daba otro nombre, Mr. Brenchley era el *Señor Julio grande* y yo el *Señor Julio chico*.

[2] El Señor Cueva es un vecino de la parroquia de Chillogallo que tiene su geografía especial.

(3) Traducción de la primera parte del Cap. XIV de la obra "Naturwissenschaftliche Reisen im tropischen Amerika, von Dr. Moriz Wagner, por A. N. Martínez.

el segundo lugar. La parte más importante de las montañas de los Andes de Sud-América queda al norte y al sur de la línea equinoccial, allí en donde se levanta la doble serie de los volcanes de Quito.

De estos volcanes, en parte activos, en parte extinguidos, y en cuyas cercanías permanecí largo tiempo, el Pichincha fué el último á quien visité. Ya esta montaña, había sido repetidas veces medida, y sus importantes condiciones físicas, suficientemente investigadas y estudiadas. Por consiguiente me faltaba estímulo, para esa excursión, aunque su situación central casi equidistante del tenebroso Cumbal hasta el siempre ignívomo Sangay, por un lado, del Cotopaxi hasta el majestuoso Chimborazo, por otro, hacen del Pichincha el *mirador* clásico para orientarse en las formas plásticas de las montañas y plataformas del norte y sur del Ecuador.

Como, después de diez meses de permanencia en los Andes de Quito, la estación de las lluvias y tempestades había pasado finalmente, me decidí efectuar el ascenso, transferido por el devastador terremoto del 22 de marzo de 1859. No tuve de qué arrepentirme! A pesar de lo que había oído repetidas veces de la pictórica magnificencia del panorama desde el Pichincha y lo que había leído en los *Kleinerem Schrifften* de Humboldt, quedó la atrevida concepción de la fantasía, por esta vez, lejos, muy lejos de la verdad, ¡Qué llegaron á ser aquellas vistas panorámicas de mis recuerdos, de la Suiza, del Tirol, de Italia, del Asia menor y de la Armenia, en comparación con las grandiosas, que nos ofrecen las Cordilleras de las altas montañas tropicales, las más poderosas de la Tierra! Como palidecen ante ellas, aún las opulentas que había admirado en otro tiempo desde el Rigi y el Faulhorn, desde el Vesubio y el Bugurlo bosforiano, desde el bitinico Olimpo y el arménico Ararat. . . .! Tenía, para mí, que el panorama que había gozado desde el volcán de Pacaya en Guatemala, era el más majestuoso, pero aquí, aún esta reminiscencia quedó eclipsada ante un paisaje más imponente, y en extremo característico.

Humboldt, cuyas relaciones históricas de viage, abrazan desgraciadamente tan sólo una parte de su permanencia en la América tropical, publicó también sólo algunos fragmentos sobre los Andes Sud-Americanos los que contenidos en *Kleinerem Schrifften* (1) vieron la luz pública en 1837. Entre ellos se halla una discusión instructiva sobre los volcanes de los altos Andes de Quito, que fué leída en la sesión de la Academia de Ciencias

(1) La traducción francesa se publicó bajo el título de *Mélanges de Géologie et de Physique Générale*. Traducción de M. Ch. Galuski.—París.—1864.—[N. de A. N. M.]

de Berlín, del 9 de febrero de 1837. La descripción del Pichincha en estos fragmentos es clásica y enteramente correcta aún en sus menores detalles. (1)

Ninguna de las diferentes cúpulas del Pichincha, es visible desde Quito, á pesar de que esta célebre capital de los últimos Incas, se halla situada en forma de anfiteatro á los piés del volcán. Sus antepechos y contrafuertes, que forman el primer plano del cuadro ocultan al expectador, los picos y almenas que á su vez, presentan un pequeño y aislado sistema de montañas, el que se levantó independientemente en la cresta de la cadena occidental, después del levantamiento de las dos cordilleras principales, y durante sus variados sacudimientos volcánicos tomó la forma actual, por erupciones y derrumbamientos, ya destruyendo y cubriendo las preexistentes masas de rocas, ya amontonando y edificando las nuevas por erupciones en el transcurso de miles de años.

Humboldt nombra y describe cuatro cúpulas en el Pichincha. Pero en realidad serian seis, si se toma en cuenta todos los picos más bajos y situados hacia el norte que pertenecen á este grupo volcánico. Solo tres conservan nombres impuestos por los indígenas á saber la meridional, cubierta de nieve, Mozo Pichincha, (2) es decir *joven*, que se levanta a una altura de 14940 pies parisienses. A esta le llama Humboldt erroneamente Rucu-Pichincha, es decir el *padre*, nombre dado por los indígenas y cholos á la cúpula vecina, la que Humboldt caracteriza con el de Picacho de los Ladrillos, (3) denominación desconocida ahora en Quito y sus alrededores. Solamente la rocallosa punta alta del N. E. lleva hasta el presente, el nombre de Guagua-Pichincha, (4) es decir el "niño" Pichincha con el que le describió Humboldt.

No intento dar aquí una minuciosa relación de las excursiones, muy á menudo repetidas que verifiqué hasta la región alpina de los volcanes, llamada en el país con el nombre de *páramos*. Esas excursiones las más veces dedicadas á fines zoológicos y botánicos, se enlazan con reminiscencias sumamente agradables, aun las que se verificaron en tiempo tempestuoso; fueron interrumpidas, por el terremoto arriba mencionado, que destruyó

(1) V. Anales de la Universidad Central.—Tomo XVI.—Año 19.—Nº 119.—p. 447—458 y Tomo XVII, Año 19.—Nº 120.—p. 17—30.—Quito, 1902. El Pichincha. Estudios históricos, geológicos y topográficos por A. N. M.

(2) Nuestro Guagua Pichincha.

(3) En este estudio lo hemos dejado con el nombre dado por Humboldt, aunque sea verdad que los indígenas no lo llamen así. En cuestión de nombres, en el Pichincha, como ya lo hemos dicho anteriormente, hay terrible confusión; pero como los asignados por Wolf, se puede considerarlos consagrados en la ciencia, los conservamos. N. de A. N. M.

(4) Nuestro Rucu-Pichincha.

en parte á la ciudad de Quito. Las formas características del mundo animal y vegetal de la región de los *páramos*, entre 12000 y 14500 pies de altura, excitaban en ese entonces el mayor interés al coleccionador, haciendo olvidar y prevaleciendo á otras impresiones de aquella región de las continuas y varias tempestades y tormentas.

Describiré á grandes rasgos, el camino á la cúpula accesible del volcán, que en el 24 de Mayo de 1859, seguí en compañía del Cónsul francés, Mr. Trinité y del jóven Juan Jameson, hijo de un médico inglés, residente en Quito, y muy conocido entre los botánicos, como descubridor de muchas plantas andícolas raras.

Aunque el Pichincha sobrepasa con 146 piés de altura á la más alta montaña de Europa, no se pueden comparar las dificultades de la ascensión entre una y otra. En el Mont-Blanc, principia, la región de las nieves perpetuas, ya á los 8400 piés, en el Mozo Pichincha, la misma llega á los 14700 piés, por consiguiente á la altura de la cúpula del rey de los Alpes. Las dificultades que se presentan para la ascensión al Mont-Blanc, en verdad penosísimas, en el Mozo Pichincha no tienen consideración alguna. Entre los altos volcanes de los Andes, el Pichincha es quizás el único al que puedan subir Señoras. Para comprobar esto, una sabia Señora alemana, la Baronesa von Hormayr, ascendió en compañía de un pintor también alemán en 1858.

Después de una noche sensiblemente fría y sin sueño pasada en la choza del *Corral*, un recinto cerrado, en donde se recoge al ganado anualmente para el rodeo, y á 11400 piés de altura, nos pusimos en marcha con la luz de la luna. Nuestros pobres caballos habían comido poco, pues falta casi por completo el pasto, en esta región de los arbustos. En los sitios descubiertos de ellos, predomina, densamente apretada en el suelo, la enana *Alchemilla orbiculata*, de flores pequeñitas, vencedoras en la *lucha por la existencia*, sobre las demás plantas bajas. Aquella vegetación rastrera de la región subalpina [subandina], no sirve sino para el ganado ovejuno, rechazándola los caballos, aún hambreados.

En la ascensión al Pichincha se sube á caballo todavía 1000 piés de altura sobre el Corral, donde los arbustos desaparecen gradualmente, y empieza el límite inferior de la región alpina (*andina*.) con los llamados *páramos* ó praderas de la montaña, de singular y extraña configuración y en donde una flora baja, se oculta, entre los altos y amarillentos tallos envejecidos de las gramíneas. En el predominio de estas, las bestias encuentran un pasto más soportable. Dejamos las nuestras, muy cansadas, porque la disminución atmosférica aumenta la dificultad del camino,

y así continuamos nuestra marcha á pie, con el crepúsculo de la mañana.

El arbusto *Panza* y la *Chuquiragua lancifolia*, descubierta por Bompland y descrita por Kunth, con sus hojas verde oscuras, cortas, envainadas, de punta espinosa, y con sus flores rojizo amarillentas, de consistencia de paja, armadas en forma de molinillo, son los últimos arbustos que crecen diseminados aquí y allá, en sitios favorables de la pendiente, hasta 12500 piés. Desde esta altura desaparecen, aún aquellos arbustos aislados. Los tallos secos de las plantas de los géneros *Paspalum*, *Andropogon* y *Stipa*, predominan y cubren por todas partes á las flores alpinas (andinas) de riquísimos colores, como la hermosa *Sida Pichinchensis*, que se adhiere compactamente al suelo, ó como la noble *Alstroemeria glaucescens*, cuyos ramos floridos se levantan, medio pie sobre el terreno, para inclinarse de nuevo tristemente en busca de un suelo más caliente. Los colores, blanco, amarillo y azul son los predominantes entre las flores de esta región alpina. Las flores purpuras y rojo escarlata son raras, y están representadas por varias especies de *Gencianas*, pero ninguna de ellas posee el magnífico azul de indigo de nuestra compatriota *Gentiana verna*. Y con todo, las dispersas y raras flores rojas de los páramos, que cubren compactamente al suelo me parecieron sobrepujar en magnificencia á las de la región ricamente florida de los Alpes Suizos, aunque tomada en conjunto la flora alpina europea tiene un aspecto más fresco y agradable.

Comparada con la flora de otros volcanes de la zona ecuatorial, como por ejemplo, con la del Tunguragua ó el Iliniza, la del Pichincha me parece pobremente representada, pero si tan rica como las del Chimborazo y Cotopaxi en igual altura.

En los sitios más altos de la región fría—*loeis frigidissimis*—nota Humboldt en su diario botánico—en donde la yerba se vuelve dispersa y rala, crece la *Gonda* (*Lupinus alopecuroides*), planta alta y de forma extravagante, y la aún más singular, fantástica, llamada *Frailejón* (del género *Culcitium*), cuyo aspecto llamó tanto la atención de su primer descubridor, él, en ese entonces (1802) joven, Bompland. Con ellas florecen las especies descritas por Kunth: *Draba Bomplandiana*, *Aster rupestris*, y la hermosísima *Gaultheria myrsinoides*, perteneciente á la familia de las *Ericaceas*. Pero las vencedoras en la lucha por el espacio de terreno, en los límites de la nieve perpetua, son las especies del género *Weinera*, de la familia de las *Compuestas*, extendidas en forma de *almohadillas*, y que en el viejo mundo tampoco encuentran comparación con representantes genuinos, como las lanudas especies de *Frailejón* de grandes flores que prosperan aún sobre las más altas cimas del Pichincha, en los trozos de roca libres de hielo.

Si en conjunto sorprende menos que la flora, no por eso deja de ser extraño y característico, el mundo animal de los Andes volcánicos en la región comprendida entre el límite superior de los arbustos y la línea de nieve. En el escaso número de mamíferos, se cuenta muy á menudo, una hermosa *liebre* de montaña, no descrita todavía, semejante á la extensamente repartida *Lepus sylvaticus* de la América central. Parece ser el cebo principal tanto para los cuadrúpedos, cuanto para las aves de rapiña, entre los que se cuentan para los primeros, una pequeña zorra *Canis azarvae*, un león de montaña tampoco descrito, y para las segundas, el Cóndor que vive predilectamente en el Pichincha. En contraposición á estos gigantes pájaros de la región de los páramos, hay un *Colibrí* que pertenece exclusivamente al Pichincha. Ha tomado sus colores de lo que arriba y abajo, ven sus ojos, á saber, la esmeralda de los campos, la blancura de la nieve y el incomparable azul del cielo tropical. Este elegante pajarito, y del cual no hace mención alguna Humboldt, revolotea por entre las flores del páramo en considerable número y en los límites de la nieve perpetua. Gould, en su Monografía de los *Trochylidios*, bautiza á este interesantísimo *Colibrí*, con el nombre sistemático de *Oreotrochylus Pichincha*. En las margenes de las selvas de los declivos occidentales del Pichincha, vive otra nueva especie de Colibrí, que resplandece con magníficos colores, y al que Gould, por un acto de galantería, á la hermosa emperatriz de los franceses, le denominó *Eugenia imperatrix*.

En la región que está á más de los 10000 piés, no se conocen culebras ni lagartos. El único anfibio que sube á mayor altura, es un batracio, pequeño, negro, repugnante, *Phryniscus laevis*. En las aguas de los arroyos, viven las ya mencionadas y maravillosas *Preñadillas* (*Pimelodus*) ó pescados alpinos. Entre los escarabajos, falta el género genuino de los *corredores* (*Carabus*), que tan importante papel desempeñan, en las altas montañas de Europa y Asia, entre los *Coleopteros*. En el Pichincha, como representantes de la gran familia de los *Carabideos*, existen los géneros característicos *Pterostichus* y *Colpodes*, en diferentes especies é innumerables individuos. De las Mariposas, son propias á esta región, dos especies del género *Colias*. Pero la eminentemente alpina entre ellas, de los volcanes andinos, es una especie de *Hipparchi*, que con extraordinaria ligereza revolotea en el límite de los campos de nieve, mientras que singulares *dípteros*, en tiempo sereno y tranquilo vuelan también entre los más altos riscos de la región de los hielos. (1)

(1) Humboldt piensa que estos dípteros son transportados á las altas regiones por las columnas de aire ascendente desde las más bajas.

A las 6 y $\frac{1}{2}$ habíamos llegado al pie de la cúpula y á las 7 y tres cuartos á la cima misma del Mozo Pichincha. El horizonte estaba completamente despejado, el aire tranquilo. El mercurio del termómetro, señala sólo medio grado debajo del punto de congelación. En las horas subsiguientes, esa tranquilidad apenas fué interrumpida por una leve corriente, fenómeno que raro día se presenta en aquella región de las tempestades, y eso siempre al fin de la estación lluviosa.

Si damos aceptación á las medidas de Humboldt, estamos á 14940 piés de París. Ante nosotros con engañadora profundidad se abre el abismo del cráter, cuya forma difiere de todos los de Asia y América que he visitado. Sutil vapor de agua con ligero olor de azufre, asciende de diferentes sitios por las grietas y quebradas, que pueden notarse sólo colocándose á corta distancia. Hacia el Norte se levanta la rocallosa cúpula del Rucu Pichincha, la guarida de los Cóndores. Estas aves gigantescas se elevan girando en círculos elípticos, á alturas poco considerables y al rededor de nosotros.

Este breve bosquejo, no podría contener una descripción detallada, de aquel grandioso cuadro volcánico. A nuestros piés está el abismo humeante, á lo lejos el extenso panorama tropical con sus variadas montañas y colinas, mesetas y valles revestidos con el opulento adorno de las selvas hasta perderse en el no distante Océano Pacífico. De este magnífico espectáculo habla Humboldt con entusiasmo, mientras que nada dice del panorama sobre la cordillera oriental. Este silencio me hace presumir, que los nevados, cuando la visita de Humboldt, estaban, como de ordinario, cubiertos de nubes.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

9º REISS Y STÜBEL, WOLF Y DRESSEL

Los dos primeros sabios viajeros, consagraron al estudio del Pichincha, muchos días. Las excursiones en los alrededores del volcán duraron desde el 22 de Junio al 7 de Julio de 1870, y la expedición al cráter del Guagua, del 15 al 29 de Julio del mismo año, permaneciendo en su interior, doce días con un tren numeroso de peones.

El Dr. Wolf, durante su permanencia en Quito, como profesor de la Escuela Politécnica, hizo varias ascensiones á los Pi-

chinchas, y en una ocasión, acompañado de un sólo indio, pernoctó en el fondo del cráter.

Más frecuentes fueron las excursiones del P. Luis Dressel, mi querido y sábio profesor de Geología; tuve la fortuna de acompañarle en muchas de ellas: en casi todas; á él le debo el conocimiento más ó menos completo de la constitución geognóstica del grupo volcánico, objeto de estos estudios, y en la exposición topográfica y geológica, que seguirá á esta parte histórica, pondré á contribución, muy frecuentemente, las notas y observaciones practicadas por el ilustre jesuita alemán, así como también las del no menos ilustre Dr. A. Stiibel consignadas en la monumental obra que acaba de publicarse con el título de "Die Vulkanberge von Ecuador."

2º LA ACTIVIDAD HISTÓRICA DEL PICHINCHA

Que yo sepa, hasta ahora, nada se ha publicado en el Ecuador, más completo y más provisto de datos seguros, sobre la actividad histórica de nuestros volcanes, como la "Crónica" del Dr. Wolf (1). Esta obra es clásica, pues en ella reina la discusión seria y prolija y un orden de exposición, admirable. Por consiguiente, esta parte de nuestra Monografía del Pichincha, no será sino un extracto de ella, en lo relativo á este volcán. Dejamos la palabra al sábio amigo y respetado profesor.

I

Discusión sobre la primera erupción del Pichincha.

(p. 8 y 9 de la Crónica).

No hay acontecimiento en que los escritores varíen tanto, como sobre la primera erupción histórica del *Pichincha*. Ante todo hemos de advertir que ninguno de los historiadores de la Conquista habla expresamente de erupción alguna de este volcán, durante el cuarto ó quinto decenio del siglo XVI. La erupción más antigua la encuentro indicada en el año de 1566, en A.

[1] Teodoro Wolf, profesor de Geología en Quito. Crónica de los fenómenos volcánicos y terremotos en el Ecuador, con algunas noticias sobre otros países de la América Central y Meridional, desde 1533 hasta 1797.—Quito, 1873 [Obra rarísima en el Ecuador!]

de Herrera (Dec. V, l. X. c. 10). A. de Humboldt en sus *Kleine Schriften*, coloca la primera erupción del Pichincha, en un lugar en el año de 1533 (pág. 23), en otro, en el de 1534 (pág. 50). "1533" será un error tipográfico, pues aquel autor pone esta erupción en relación con la lluvia de ceniza de 1534, como veremos después.

La cita de ambos años falta en el *Kosmos* (IV. 286), en donde hace también una enumeración de las erupciones del Pichincha. Humboldt es el primero que atribuye al Pichincha una erupción tan antigua, y de él han tomado la cita muchos escritores modernos. Pero su afirmación no tiene otro fundamento que la *conjetura*, de que la lluvia de ceniza, que sobrevino al conquistador Pedro de Alvarado en los bosques entre el Océano Pacífico y la Cordillera occidental debió provenir del Pichincha. Más tarde haré ver lo insostenible de esta argumentación (1). Alcedo (Dicc. IV, 204) afirma que la primera erupción del Pichincha, sucedió en 1535, pero sin indicar ninguna razón ni autoridad en que apoyar su aserción. La *Condamine* (*Journal du Voyage* etc. 147) la coloca en el año 1538, en esto le sigue Hoff (*Gesch.* II. 495 y *Chron.* I. 253). No sé como La *Condamine* pudo cometer este error, que tal nombre merece su relación; talvez se dejó llevar de la misma idea que Velasco, el cual deriva el terremoto de Canelos de una erupción del Pichincha y pone ambos sucesos en el año 1539 (Vol. I. 9, II. 156, III. 64). El que este sea el origen del error de La *Condamine* me parece tanto más probable cuanto que Hoff (*Gesch.* II. 497) habla de un temblor fuerte de tierra de los Quijos, al pie oriental del Antisana "al mismo tiempo que Pizarro en el año 1538 desde Quito pasaba la Cordillera oriental," citando por fuente la *Hist. gen. de Voy.* t. 19 p. 103. Velasco con su seguridad acostumbrada afirma que el

[2] El sábio é ilustre historiador ecuatoriano Dr. Federico González Suárez, atribuye al Tunguragua, la lluvia de ceniza que tuvieron que experimentar, Alvarado y sus compañeros. He aquí como la describe, en el Capítulo Sexto: Expedición de Alvarado, del Tomo II, p. 190 de la *Historia General de la República del Ecuador*: "Circunstancias inesperadas, fenómenos maravillosos contribuían á hacer cada vez más penosa una marcha, ya bajo tantos respectos difícil. De repente un día el cielo se dejó ver encapotado, la atmósfera oscura y á poco rato una lluvia de tierra menuda principió á caer por largas horas en abundancia. Los árboles, las yerbas, todo estaba al día siguiente cubierto de tierra; los caballos no tenían qué comer, y, para darles un poco de yerba, era necesario lavarla primero con cuidado; las ramas de los árboles se desgajaban con el peso de la ceniza; y cuando principió después á ventear, el polvo sutil y menudo, de que se llenaba el aire, yendo á dar en los ojos de los caminantes, los dejaba ciegos y desatinados. Los supersticiosos cayeron de ánimo con tan sorprendente y para los castellanos nunca visto fenómeno, y sin acertar á explicarlo, se lamentaban de su fortuna, diciendo que aún el cielo, con señales maravillosas, contribuía á estorbar una empresa que en mala hora habían acometido. La erupción del Tunguragua, uno de los volcanes de la Cordillera de los Andes, era lo que acababa de tener lugar, y la ceniza arrojada por el volcán, lo que llenó de asombro á los conquistadores."—N. de A. N. M.

Pichincha hizo su primera erupción en 1539, y sin embargo es falso, supuesto que el terremoto mencionado sucedió dos años después, y no tenemos razón alguna para atribuirle á volcán alguno. El primero que parece haber dado ocasión á este error, fué Rodríguez, al que Velasco sigue muchas veces y ojalá con mayor fidelidad! (Rodr. Marañón p. 5) En su "Índice cronológico" dice aquel autor únicamente que "sintió Pizarro, la reventazón de un volcán y *se juzga* fué el de Pichincha." Velasco hizo de esta conjetura un hecho cierto, y fiados en su autoridad han caído varios escritores modernos en el mismo error. Tenemos pues, que según los varios autores, la primera erupción del Pichincha se verificó en los años 1533, 1534, 1535, 1538 y 1539. ¿En cuál de ellos se verificaría en realidad? Yo creo que en ninguno. Como ya hemos advertido, parece muy sospechoso el que ninguno de los historiadores primitivos hable de una erupción del Pichincha en los primeros años después de la Conquista Tampoco en el archivo de Quito (libro del Cabildo) que contiene los demás sucesos de esta primera época, y que felizmente ha llegado hasta nosotros, he encontrado el menor indicio de un suceso de tanta monta. No es probable que una sorpresa tan memorable, como hubiera ocasionado el Pichincha á la ciudad recién fundada, hubiera sido callada por los cronistas antiguos y por el libro del Cabildo que hace mención de cosas de menor importancia. Además en este mismo libro se llama repetidas veces en otros lugares, *la primera* una erupción muy posterior. Quanto más comparo y dilucido este hecho, tanto más confuso le encuentro, así que después de un largo estudio, he llegado á persuadirme que una erupción del Pichincha, durante los primeros diez años después de la Conquista de Quito, es más que dudosa, y estoy convencido de que todas las noticias que existen de ella, estriban solamente en una conjetura mal fundada, que se hizo cien ó más años después. Yo pongo la primera erupción de este volcán en el año de 1566.

II

Primera erupción histórica del Pichincha, el 17 y 18 de Octubre de 1566.

Humboldt la cita según Herrera (Kosmos IV, 286. Kl. Schr. p. 23 y 50) Velasco, Alcedo y los demás escritores modernos no hablan de ella; tampoco la mencionan los antiguos, excepto Herrera (Dec. V. l. X. c. 10. p. 237) Como este autor es exacto y da la fecha y varios pormenores no dudo de la veracidad de

su relación. La erupción comenzó el 17 de Octubre, víspera de San Lucas, á las 2 de la tarde con una lluvia de ceniza, cayendo ésta hasta las 10 del día siguiente "á manera de nieve." Se cubrieron de ceniza los campos y pastos de suerte que perecieron ó á lo menos padecieron mucho los ganados hasta que llovió.

El 16 de Noviembre, 30 días después de la primera erupción, sobrevino otra, también de ceniza; según Herrera fué "un nublado que corría hácia levante," y que espantó tanto á los indios, que llorando y gritando huyeron á las montañas. Claro es que estas no eran nubes comunes, sino nubes de ceniza que lanzaba el Pichincha, de otra manera no podría explicarse el terror y la huída de los indios; el mismo Herrera vuelve inmediatamente á hablar de la gran cantidad de ceniza que había caído, que fué tanta, que convino limpiar la ciudad y sacarla con carretas. (V. el Apéndice N^o 1^o al fin de este capítulo). Es lástima que el libro del Cabildo de este año se haya perdido, y esta es la causa de que en Quito no existan noticias manuscritas sobre este acontecimiento.



Gran erupción del Pichincha, el 8 de Setiembre de 1575.

Casi todos los escritores han puesto esta erupción en el año 1577, tales como Rodríguez, Condamine, Velasco, Alcedo, Humboldt, y todos los modernos que se sirvieron de los nombrados. Pero existen en Quito antiguos documentos manuscritos con la fecha indicada arriba, de manera que no cabe la menor duda respecto al año de 1575. Esta es la fecha que da una relación corta en el libro de Mercedes y Cédulas, la cual se escribió seis días después del suceso (el 14 de Setiembre de 1575.) Por dicho documento auténtico sabemos que el 8 de Setiembre, poco despues del amanecer comenzó el Pichincha á echar nubes tan espesas de humo y ceniza que la ciudad quedó en una oscuridad densísima. Llovió muchísima ceniza y á la vez se oyeron truenos fuertes del lado del volcán. A las once se enrareció la lluvia de cenizas y aclaró el día poco á poco. En memoria perpetua y en hacimiento de gracias por la salvación de este peligro se mandó celebrar anualmente el 8 de Setiembre, con especial solemnidad la fiesta de la Natividad de la B. Virgen María en el Convento de la Merced [V. el Apéndice N^o 2]. Esta breve relación satisface muy poco nuestra curiosidad. Pero observamos que el volcán echó la ceniza "con muchos truenos y relámpagos." Dificil es decir, si el volcán mismo hizo el ruido y lanzaba el fuego, ó si la lluvia de ceniza

fué acompañada de una tempestad lo que sucede muchas veces ; sin embargo me parece más verosímil lo primero ; porque en las primeras horas del día nunca se forman tempestades en las Cordilleras de Quito, por frecuente que sea este fenómeno por las tardes.—Los manuscritos de este año no hablan de terremotos en aquella ocasión. Solamente algunos documentos desde 1660, y con ellos, Velasco y otros autores modernos que le han seguido hacen mención de ellos. Parece que el terremoto es una adición posterior á la erupción, pues no es probable que el libro de Mercedes y Cédulas hubiese pasado en silencio un terremoto fuerte, siendo así que otras veces los temblores y terremotos suelen desempeñar en las descripciones el papel principal, como los fenómenos más temidos. Creo haber encontrado el origen de las adiciones posteriores sobre el terremoto, en el libro de Cabildo del año 1660, en donde se trata de la gran erupción del Pichincha. Allí se dice simplemente, que recordaron que “un día jueves, 8 de setiembre del año pasado de 1575” habían sucedido semejantes efectos, y se refieren al libro de Mercedes y Cédulas foj. 54. Un tal Romero escribió entonces una relación muy larga (30 páginas en folio) de la erupción de 1660, en la cual después de una dedicatoria poética habla en primer lugar de la erupción del año 1575. Las noticias que Romero da aunque testigo ocular, no merecen confianza por la exornación fantástica y exaltada ; y lo que cuenta sobre el acontecimiento de 1575 es una pura fantasía “.....” comienza á descollarse el soberbio edificio de este monte, año de 1575, abrió tres roturas la tierra, ora fuesen bocas para quejarse de las sinrazones ardientes, con que tiempos tantos había le fatigaba el fuego inmenso que habitaba en sus entrañas, ora fuesen ojos para llorar sus más ya que cansadas opresiones ; pues por ellos dice su historia antigua que arrojó fuego y agua en cantidad inmensa, después de haber suspirado en bramidos, dado voces en truenos y mostrado en *movimientos continuos y temblores* cuán impaciente y mal hallada estaba en sus pesadumbres la afligida tierra” &ª No me cansaré en copiar más de este poema extravagante y de malísimo gusto ; pero cotejando su escrito con la relación sencilla del Cedulaario, cada uno puede juzgar de su valor científico. De la relación de Romero, escrita casi 100 años después del suceso, parece traer su origen la fábula del terremoto de 1575, más no comprendo cómo Velasco y otros, si conocieron este escrito de Romero, pudieron errar en la cita del año, que tan claramente señala este autor.

Aquí debemos corregir también lo que Velasco dice del desbrozo de la cumbre del Pichincha, afirmando que ya en el año de 1539 el volcán hizo volar una gran parte de su cúspide en grandes pedazos, y que en el de 1575 (según él 1577) concluyó su

obra de destrucción. Alega por testigos indudables los grandes trozos de lava [*andesita*] que se hallan esparcidos en la llanura de Rumipamba al Norte de Quito. En el año de 1539, no sucedió nada en el Pichincha, y en 1575 el cráter del Guagua-Pichincha seguramente no lanzó ni una piedra á esa llanura distante 3 ó más leguas del volcán, como ni tampoco en las erupciones siguientes. El cuando, y como aquellos trozos de lava han llegado del Rucu-Pichincha, volcán extinguido desde tiempos inmemoriales (prehistóricos), á la llanura de Rumipamba é Iñaquito, es incierto, pero sin duda se hallaban ya en el mismo lugar antes de la Conquista. La constitución mineralógica de estas piedras comprueba que provienen del Rucu-Pichincha (si no de su cúspide, á lo menos de una de sus montañas colaterales), porque son las mismas *Andesitas angíticas*, de las que este se compone, mientras el cráter del Guagua-Pichincha consta de *Andesitas anfibólicas* (1).

IV

Incertidumbre de una erupción del Pichincha en 1580.

Según Humboldt sucedió en este año otra erupción del *Pichincha* (Kl. Schr. p. 23 y 50). Cita por fuentes las obras de Butrón y Jijón. En efecto, en ambos autores encuentro esta noticia, sin duda errónea, (T. de Jijón, *Compendio* 8.^a p. 38 J. Morán de Butrón. Vida de la B. Mariana 8.^a p. 47). Esta erupción no es otra que la del año de 1575, la cual, como hemos visto, por la mayor parte de los escritores fue trasladada al año de 1577; Butrón y Jijón añadieron todavía otros tres años.—De paso sea dicho, que el pasaje de Butrón citado por Humboldt (Kl. Schr. p. 51), sobre la erupción de 1660, no se encuentra en este autor, ó á lo menos falta en la edición de 1856.

V

Erupción de 1582.

Esta fecha no fue conocida por el Dr. Wolf, cuando la publicación de su "Crónica," como hemos visto en la primera parte de

[1] Es de advertir que Humboldt en todas sus obras constantemente llama al Guagua-Pichincha, Rucu-Pichincha y al revés. El Guagua-Pichincha es el cráter activo y el Rucu-Pichincha es el cono extinguido hacia el Norte. Wagner corrigió este error de Humboldt, pero ha cometido otro, llamando al Guagua-Pichincha el Mozo Pichincha nombre desconocido en Quito é inventado por él.—N. del Dr. W.

este escrito, y aun permaneció completamente desconocida por los demás cronistas é historiadores, hasta que D. Marcos Jiménez de la Espada, desenterró el manuscrito de Toribio de Ortiguera y publicó un extracto de él, en el "*Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*," Tomo XXIV [1888] bajo el título de "Una ascensión al Pichincha en 1582."

Tengo para mí, que la erupción, citada por Humboldt en 1580, fundada en los escritos de Butrón y Jijón, sería la acaecida en 1582 (14 de Junio)

Como la relación de Toribio de Ortiguera, se ha reproducido íntegramente en este opúsculo (1), no volveremos á insistir en ella.

VI

Ninguna probabilidad sobre una pretendida erupción del Pichincha en 1587

El 3 de Setiembre de ese año á las 2 de la tarde se verificó, al decir de Velasco, una espantosa erupción del Pichincha acompañada de un terremoto terrible, y todo esto durante tres días continuos. [Vel. l. 9. III. 94] A Velasco siguen Villavicencio y Wagner. Humboldt desconoce esta erupción y por consiguiente falta también en la mayor parte de las obras modernas. Velasco nos pinta el acontecimiento con vivos colores, como uno de los más espantosos; pero si acudimos al Padre Sacchini, al que cita aquí por casualidad, y comparamos lo que él dice, con las exajeraciones del primero, debemos sospechar que en esta ocasión—como en otras tantas—Velasco dejó demasiada libertad á su fantasía. Sacchini no dice nada de una erupción del Pichincha, nada de la lluvia de ceniza, nada de una noche de tres días. &^a Herrera, el más antiguo que hace mención de este suceso, dice solamente: "Hubo un gran temblor en Quito." (Dec. V. l. X. c 6). Sacchini es una autoridad segura, porque se sirvió para su historia, de las exactas "*Litterae annuae Societatis Jesu*."

[Continuará].

[1] Anales de la Universidad Central. T. XVI. Año 19. N.º 118.—Agosto 1902. Quito.—p. 382.